

## HISTORIA

## Biblia y traducción (17): «Dijo Yavé a Moisés: “Yo soy el que soy”»

Por Juan Gabriel López Guix

«Dijo Yavé a Moisés: “Yo SOY EL QUE SOY. Así responderás a los hijos de Israel: Yo SOY me manda a vosotros”» (Nácar-Colunga). En Éxodo 3:14, Moisés obtiene esta enigmática respuesta, *ehyeh asher ehyeh*, cuando le pregunta a Dios por su nombre durante el episodio de la zarza que arde sin consumirse en el monte Horeb.

En las civilizaciones más antiguas se percibe una estrecha imbricación entre lo numinoso (lo mágico y sagrado), el mundo y el lenguaje. En Mesopotamia, hay una tendencia a experimentar la fuerza numinosa como inmanente a la propia forma externa, como el constituyente que da vida y fuerza al ser. En consecuencia, tanto en sumerio como en acadio, la palabra *sol*, por ejemplo, indica el astro visible y su potencia invisible.

También para los egipcios el nombre es un elemento esencial de la personalidad y fuente de poder. Un mito egipcio que nos ha llegado al menos en un par de papiros de los siglos XIV-XIII a. e. c. relata la estratagema de la diosa Isis para averiguar el nombre secreto que permitía a Ra retener su dominio sobre los hombres y los demás dioses. Isis crea una serpiente que muere a Ra; y éste, gravemente enfermo, accede a decir ese nombre secreto para que la diosa lo recite en un conjuro que le restaura la vida.

El relato del Éxodo muestra el equilibrio judío entre lo numinoso, el mundo y la palabra. Son muchas las interpretaciones que se han dado a esas misteriosas palabras. En castellano, la interpretación tradicional, católica y protestante, es «Yo soy el que soy». Dicha traducción ha sido criticada por traslucir la influencia distorsionadora de una visión griega del mundo procedente en última instancia de Parménides de Elea y de su idea de que el ser es y no puede no ser. Frente al énfasis en el Ser, los críticos han propuesto una interpretación basada en el Hacer. En esta línea, una traducción posible sería: «Yo actuaré».

En realidad, en el debate acerca del significado del nombre de Dios, la primera pregunta es si realmente Dios dice ahí su nombre. Más allá del significado múltiple y misterioso de esa denominación, también en el caso semítico, como en la mayor parte de las civilizaciones orientales, el nombre es un elemento íntimo del ser y pronunciarlo significa adquirir poder sobre él. Cuando Adán da nombre a los animales afirma su dominio sobre ellos. Sobre la utilización del nombre de Dios pesan severas prohibiciones. Por ello la respuesta de Yahvé a Moisés ha podido interpretarse como: «Mi nombre no te incumbe» o «No pienso decirte mi nombre».

Al analizar la evolución de la tríada fuerza numinosa-mundo-palabra desde Mesopotamia pasando por el monte Horeb hasta nosotros, somos testigos de una continua recesión de lo numinoso. Tras la fusión mesopotámica de los tres elementos, en el monte Horeb la divinidad ya no es la zarza, sólo está en ella; sin embargo, permanece en la palabra, y por eso Dios rehúsa decir su nombre. Otro de los rastros de esa estrecha relación entre mundo y palabra es el constante juego entre ambos, un juego que se pierde de forma sistemática en todas las versiones bíblicas al castellano y que, en última instancia, convierte la etimología en etiología, en explicación de los orígenes. Para nosotros en cambio, las palabras son ya sólo palabras, arbitrariedades cercenadas más allá de toda reparación posible del mundo y de lo divino. Nuestras traducciones son, en el fondo, un reflejo de nuestro descreimiento.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)